

I

ALGUNOS ANTECEDENTES
PERSONALES

Si un hombre se pregunta cómo llegó a interesarse en aquellos ámbitos del pensamiento que estaban destinados a ocupar el sitio más importante a lo largo de toda su vida, no le será fácil encontrar una respuesta sencilla. Quizá nació con una inclinación hacia determinados problemas, o quizá fue la influencia de algunos de sus maestros, o de las ideas en boga, o de experiencias personales que lo guiaron por el sendero de sus intereses posteriores —¿quién sabe cuál de estos factores han determinado el rumbo de su vida?—. Indudablemente, si uno quisiera saber con precisión la influencia relativa de todos estos factores, nada que no fuese una autobiografía histórica detallada podría siquiera intentar dar con las respuestas.

Toda vez que el propósito de este libro no es en modo alguno el de una autobiografía histórica, sino más bien el de una autobiografía intelectual, trataré de seleccionar unas cuantas experiencias de mi adolescencia que condujeron a mi posterior interés por las teorías de Freud y de Marx y por la relación entre ambas.

Si deseo comprender de qué manera el problema de por qué los seres humanos actúan como lo hacen llegó a ser de tan primordial interés para mí, tal vez baste con partir de la premisa de que haber sido hijo único, con un padre angustiado y taciturno y una madre predispuesta a las depresiones, fue suficiente para despertar mi interés por las extrañas y misteriosas razones que motivan las reacciones humanas. Sin embargo, recuerdo con toda claridad un incidente —tendría unos doce años— que estimuló mis ideas mucho más intensamente que cualquier experiencia anterior, y que preparó un interés por Freud que no habría de manifestarse hasta diez años después.

He aquí tal incidente: conocí a una joven, amiga de la familia. Tendría tal vez veinticinco años; era hermosa, atractiva, además de ser pintora. La primera pintora que conocí. Recuerdo haberme enterado de que había estado comprometida en matrimonio pero que algún tiempo después había roto el compromiso; recuerdo que casi invariablemente acompañaba a su padre viudo. Según la imagen que tengo de éste, era un hombre viejo, poco interesante y sin mucho atractivo, o por lo menos así me parecía (tal vez mi valoración estaba un tanto distorsionada por los celos). Un día me enteré de la fatal noticia: su padre había muerto, e inmediatamente después ella se había suicidado dejando una nota en la cual expresaba su deseo de ser enterrada junto con su padre.

Jamás había oído hablar del complejo de Edipo ni de las fijaciones incestuosas entre hija y padre. Pero

me sentí profundamente conmovido. La joven me había atraído bastante; y había sentido honda aversión hacia el padre que tan poco atractivo me parecía; nunca antes había tenido noticia de que alguien se hubiese suicidado. Me consumía pensando en estos términos: «¿Cómo es posible?» ¿Cómo es posible que una joven y bella mujer pudiese amar tanto a su padre que prefiriese ser enterrada junto a él a vivir para los placeres de la vida y del arte?

Ciertamente no pude contestar, pero el «cómo» se me quedó grabado. Y cuando conocí las teorías freudianas, éstas parecieron encerrar la respuesta a una experiencia aterradora y enigmática que me sacudió en una época en que empezaba a entrar en la adolescencia.

Mi interés por las ideas de Marx tuvo un origen bien distinto. Me eduqué en el seno de una religiosa familia judía, y las páginas del Antiguo Testamento me conmovían y estimulaban más que cualquier otra cosa a la cual estuve expuesto. No todos los episodios me afectaban por igual: la historia de la conquista de Canaán por los hebreos me aburría e incluso me disgustaba; me desagradaban las historias de Mordecai y la de Esther; ni —por aquel entonces— apreciaba el Cantar de los Cantares. Pero la historia de la desobediencia de Adán y Eva, de la súplica de Abraham a Dios para que salvara a los habitantes de Sodoma y Gomorra, la misión de Jonás en Nínive, junto con muchas otras partes de la Biblia, me impresionaron profundamente. Sin embargo, lo que más me conmo-

vió fueron las profecías de Isaías, Amós y Oseas; no tanto por sus amenazas y presagios de desastre como por su promesa del «fin de los días», cuando las naciones «forjarán de sus espadas rejas de arado y de sus lanzas, azadones: no desenvainará la espada un pueblo contra otro ni se adiestrarán más en el arte de la guerra», cuando todas las naciones sean amigas, y cuando «el conocimiento del Señor llenará la tierra, como las aguas llenan el mar.» La visión de paz universal y armonía entre todas las naciones me conmovió profundamente cuando tenía entre doce y trece años de edad. Probablemente la razón inmediata para estar absorto con la idea de la paz y el internacionalismo radique en la situación en que me encontraba: un niño judío en un ambiente cristiano, viviendo episodios transitorios de antisemitismo y, más importante aún, una sensación de extrañamiento y un sentimiento de pertenencia a una casta por parte de ambos bandos. Quizás el sentimiento de casta me desagradaba mucho más debido a que sentía un deseo abrumador de trascender el aislamiento emocional de un muchacho solitario y mimado; ¿qué podía haber más emocionante y hermoso para mí que la visión profética de paz y hermandad universales?

Quizá todas estas experiencias personales no me hubiesen afectado tan profunda y perdurablemente de no haber sido por el acontecimiento que más que ninguna otra cosa determinó el rumbo de mi desarrollo: la Primera Guerra Mundial. Cuando estalló la guerra en el verano de 1914 yo era un muchacho de

catorce años para quien la excitación de la guerra, la celebración de la victoria, la muerte de soldados a quienes conocía eran lo más sobresaliente de mi experiencia. No me interesaba el problema de la guerra como tal; no me impresionaba su inhumanidad insensata. Pero pronto todo eso cambió. Algunas experiencias con mis maestros contribuyeron a ello. Mi profesor de latín, que en los dos años anteriores a la guerra había proclamado la frase *Si vis pacem, para bellum* («Si quieres paz, prepárate para la guerra»), su máxima favorita, se regocijó cuando estalló la guerra. Me di cuenta de que su supuesto interés por la paz no podía haber sido verdadero. ¿Cómo era posible que un hombre que siempre pareció preocuparse tanto por la preservación de la paz se encontrase ahora tan jubiloso por la guerra? Desde entonces me resultó difícil creer en el principio de que las armas preservan la paz, aun cuando lo defiendan personas que posean más buena voluntad y honestidad que mi profesor de latín.

También me impresionó la historia de odio contra los ingleses que inundó Alemania en aquellos años. Súbitamente se habían convertido en vulgares mercenarios, malévolos y sin escrúpulos, que pretendían destruir a nuestros inocentes y demasiado confiados héroes alemanes. En medio de esta historia nacional un suceso decisivo destaca en mi mente. En nuestra clase de inglés se nos había encomendado memorizar el Himno Nacional Británico. Nos encomendaron esta tarea antes de las vacaciones veraniegas, cuando

todavía reinaba la paz. Al reanudarse las clases, los alumnos, en parte por travesura y en parte por estar contagiados del sentimiento de anglofobia, le comunicamos al profesor que nos negábamos a aprender el himno nacional de quien ahora era nuestro peor enemigo. Aún lo veo de pie frente a la clase, respondiendo a nuestras protestas con una sonrisa irónica y diciéndonos con toda calma: «¡No se engañen, muchachos; hasta ahora Inglaterra jamás ha perdido una guerra!». Era la voz de la cordura y del realismo en medio de un odio insensato —¡y era la voz de un profesor respetado y admirado!—. Esta única frase y el tono racional y sereno con que fue pronunciada resultó ser una iluminación. Logró romper la loca pauta de odio y de autoglorificación nacional, y me hizo meditar y exclamar: «¿Cómo es posible?».

Fui creciendo y mis dudas aumentaron. Varios de mis tíos, primos y compañeros murieron en la guerra; las predicciones de victoria de los generales resultaron erróneas —y pronto aprendí a entender el ambiguo idioma que hablaba de «retiradas estratégicas» y «victoriosa defensa»—. Sucedió algo más. Desde un principio, la prensa alemana había descrito la guerra como algo impuesto al pueblo alemán por unos vecinos envidiosos que querían estrangular Alemania para así librarse de un rival próspero. La guerra se describía como una lucha por la libertad; ¿no estaba Alemania luchando contra la encarnación misma de la esclavitud y la opresión, el zar de Rusia?

Aun cuando todo ello me pareció convincente durante algún tiempo, sobre todo cuando ninguna voz se alzaba para disentir, mi creencia en tales afirmaciones comenzó a verse asaltada por las dudas. Ante todo, era un hecho que un número creciente de diputados socialistas votaron en contra del presupuesto bélico del Reichstag y criticaron la posición oficial del gobierno alemán. Se hizo circular clandestinamente un folleto titulado *J'accuse* («Yo acuso»), donde se discutía la cuestión de la culpabilidad de la guerra, principalmente —según recuerdo— desde el punto de vista de los aliados occidentales. Demostraba que el gobierno imperial no era en forma alguna la víctima inocente de un ataque, sino que junto con el gobierno austro-húngaro era el principal responsable de la guerra.

La guerra seguía. Las trincheras se extendían desde la frontera suiza hacia el norte, hasta el mar. Al conversar con los soldados nos enterábamos de la vida que llevaban, apretujados en fosos y trincheras, expuestos al fuego concentrado de la artillería iniciado por un ataque enemigo, para luego tratar una y otra vez de atravesar las líneas enemigas sin conseguirlo nunca. Año tras año los hombres más sanos de cada nación, viviendo como animales en cuevas, se mataban unos a otros con fusiles, granadas de mano, ametralladoras, bayonetas; la matanza continuaba, acompañada de falsas promesas de una pronta victoria, falsas declaraciones de inocencia, falsas acusaciones contra el enemigo malvado, falsas ofertas de

paz e hipócritas proclamaciones de condiciones para dicha paz.

Mientras más se prolongaba esta situación, mientras más me iba transformando de niño en hombre, más urgente se volvía la pregunta: ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible que millones de hombres continúen en las trincheras, para matar a hombres inocentes de otras naciones, para morir y para causar una profunda pena a padres, esposas y amigos? ¿Por qué o por quién luchaban? ¿Cómo era posible que ambos bandos creyeran estar combatiendo por la paz y por la libertad? ¿Cómo era posible que estallase una guerra cuando todo el mundo proclamaba que no la deseaba? ¿Cómo es posible que continúe la guerra cuando ambos bandos afirman no desear conquista alguna, sino únicamente la preservación de sus respectivas posesiones nacionales y de su integridad? Si, como los sucesos posteriores demostraron, ambos bandos deseaban conquistas y fama para sus dirigentes políticos y militares, ¿cómo era posible que millones de seres humanos de ambos bandos permitiesen ser asesinados sin más propósito que ganar un palmo de territorio y halagar la vanidad de unos cuantos jefes? ¿La guerra es el resultado de un accidente sin sentido, o es resultado de determinados acontecimientos sociales y políticos que responden a sus propias leyes y que pueden comprenderse —e incluso vaticinarse— siempre y cuando se conozca la naturaleza de tales leyes?

Cuando la guerra terminó en 1918, yo era un joven profundamente preocupado, obsesionado por la

pregunta de cómo era posible la guerra, por el deseo de comprender la irracionalidad de la conducta de las masas humanas, por un deseo apasionado de paz y comprensión internacional. Además, me había vuelto profundamente desconfiado con respecto a todas las ideologías y declaraciones oficiales, y estaba imbuido de la convicción de que «hay que dudar de todo».

He intentado mostrar cuáles fueron las experiencias de mi adolescencia que crearon las condiciones favorables para mi apasionado interés por las enseñanzas de Freud y de Marx. Me encontraba profundamente perturbado por dudas relacionadas con fenómenos individuales y sociales, y me sentía ávido de una respuesta. Encontré respuesta tanto en el sistema de Freud como en el de Marx. Pero también me estimularon los contrastes entre ambos sistemas y el deseo de resolver dichas contradicciones. A la larga, mientras más crecía y mientras más estudiaba, más dudaba de ciertas presuposiciones de ambos sistemas. Mi interés principal estaba claramente trazado. Quería comprender las leyes que gobiernan la vida del individuo y las leyes de la sociedad, es decir, de los hombres en su existencia social. Traté de ver la verdad perdurable en los conceptos freudianos contraponiéndolos a aquellas premisas que necesitaban ser revisadas. Intenté hacer lo mismo con la teoría marxista, y por último traté de llegar a una síntesis derivada de la comprensión y la crítica de ambos pensadores. Tan ambicioso empeño no se logró únicamente por medio de la especulación teórica. No es

que menosprecie la especulación pura (todo depende de quién especule); pero, creyendo como creo en el valor supremo de combinar la observación empírica con la especulación (gran parte de las limitaciones que sufren las modernas ciencias sociales estriba en que a menudo contienen observaciones empíricas sin especulación), siempre he procurado que mi pensamiento se guíe por la observación de los hechos, y he optado por revisar mis teorías cuando la observación así parecía justificarlo.

Por lo que se refiere a mis teorías psicológicas, he ocupado un excelente punto de observación. Desde hace más de treinta y cinco años he ejercido la práctica del psicoanálisis. He examinado minuciosamente la conducta, las asociaciones libres y los sueños de las personas a quienes he psicoanalizado. No hay una sola conclusión teórica sobre el psiquismo humano, ni en esta ni en ninguna de mis otras obras, que no se base en la observación crítica de la conducta humana, realizada en el transcurso de dicho trabajo psiconalítico. En cuanto al estudio de la conducta social, he participado menos activamente que en mi práctica psiconalítica. Si bien la política me ha interesado apasionadamente desde que tenía once o doce años (a esa edad conversaba de política con un socialista que trabajaba en el negocio de mi padre) hasta la fecha, también he descubierto que no estoy temperamentalmente dotado para la actividad política. Por tanto, no he realizado ninguna hasta hace poco, cuando ingresé en el Partido Socialista de Estados Unidos y participé

activamente en el movimiento por la paz mundial. Lo hice así, no porque haya cambiado mi opinión con respecto a mis aptitudes, sino por mi convicción de que era mi deber no permanecer pasivo en un mundo que parece encaminado hacia una catástrofe que él mismo ha elegido. Me apresuro a añadir que hubo en ello más que un sentimiento de obligación. Mientras más irracional y deshumanizado parece volverse este mundo nuestro, más puede un individuo sentir la necesidad de reunirse y trabajar al lado de los hombres y mujeres que comparten los propios intereses humanos. Yo experimenté esa necesidad y estoy agradecido por el compañerismo tan estimulante y alentador de aquellos con quienes he tenido la suerte de trabajar. Pero, así como no participé activamente en la política, tampoco mi pensamiento sociológico se ha basado exclusivamente en libros. Es indudable que sin Marx y, en menor medida, otros guías de la sociología, mi pensamiento habría quedado privado de sus más importantes estímulos. Pero el período histórico que me tocó vivir se convirtió en un laboratorio social que nunca falló. La Primera Guerra Mundial, las revoluciones alemana y rusa, el triunfo del fascismo en Italia y la lenta victoria del nazismo que se abatía sobre Alemania, la descomposición y perversión de la Revolución rusa, la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial y la carrera armamentística, todo ello ofrecía un campo para la observación empírica que permitió la elaboración de hipótesis, así como su verificación o rechazo.

Apasionadamente interesado como estoy por la comprensión de los acontecimientos políticos, y siempre consciente de que mi temperamento no me permitiría participar de forma activa en ellos, conservé cierto grado de objetividad, aunque nunca caí en el desapasionamiento, condición que algunos científicos políticos consideran un requisito inexcusable para la objetividad.

Hasta aquí he tratado de ayudar al lector a compartir conmigo algunas de las experiencias e ideas que me transformaron en receptor anhelante cuando en la segunda década de mi vida entré en contacto con las ideas de Freud y de Marx. En las páginas siguientes deseo hacer a un lado toda referencia a mi evolución personal y concentrarme en los conceptos teóricos y en las ideas; los de Freud y los de Marx, las contradicciones entre ambos, y mis propias ideas acerca de una síntesis resultante del intento de comprender y resolver dichas contradicciones.

Existe, sin embargo, la necesidad de añadir una reflexión antes de comenzar a discutir los sistemas de Marx y de Freud. Junto con Einstein, Marx y Freud fueron los arquitectos de la época moderna. Los tres estuvieron poseídos por la convicción de que existe un orden fundamental que preside la realidad, una actitud básica que ve en la obra de la naturaleza —de la cual forma parte el hombre— no sólo secretos que descubrir, sino pautas y designios que explorar. Por tanto, la obra de estos hombres, cada uno a su propio y singular modo, participa de los elementos del arte,

así como de la ciencia, expresión suprema del anhelo del hombre para comprender, de su necesidad de saber. En este libro, sin embargo, mi interés se limita a Marx y a Freud. Al colocar juntos sus nombres quizá se tenga la impresión de que los considero hombres de igual estatura e idéntica importancia histórica. Deseo aclarar desde un principio que no es así. No es necesario recalcar que Marx es una figura de relevancia histórica mundial, con quien Freud no puede compararse en este sentido. Aun cuando alguien, como yo ahora, lamente profundamente el hecho de que en casi la tercera parte del planeta se predique un «marxismo» distorsionado y degradado, tal hecho no disminuye la gran importancia histórica de Marx. Pero muy aparte de este hecho histórico, considero a Marx, el pensador, como alguien de mucha mayor profundidad y alcance que Freud. Marx fue capaz de vincular la herencia espiritual de la ilustración humanista y del idealismo alemán con la realidad de los hechos económicos y sociales, sentando así los cimientos de una nueva ciencia del hombre y de la sociedad que es empírica y a la vez está impregnada del espíritu de la tradición humanista occidental. A pesar del hecho de que este espíritu humanista es negado y distorsionado por la mayoría de los sistemas que pretenden hablar en nombre de Marx, creo, y así trataré de demostrarlo en esta obra, que un renacimiento del humanismo occidental volverá a situar a Marx en el lugar preponderante que le corresponde en la historia del pensamiento humano. Con todo, aun

considerando lo anterior sería iluso ignorar la importancia de Freud por el hecho de que éste no alcanzara las alturas que escaló Marx. Es el fundador de una psicología verdaderamente científica, y su descubrimiento de los procesos inconscientes y de la naturaleza dinámica de los rasgos de carácter es una contribución única a la ciencia del hombre, que ha alterado la imagen del ser humano para los tiempos venideros.